

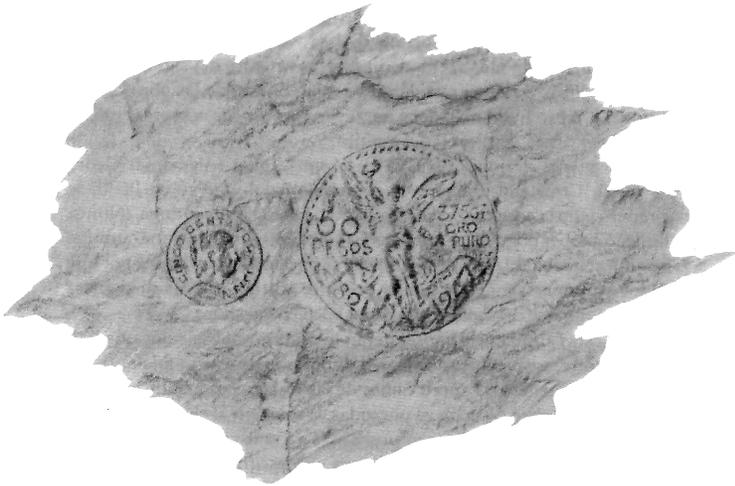
argüende

Breve informe histórico-arqueológico sobre el descubrimiento del jeroglífico castellano

Arqueóloga Jesusa Cuevas de Sautuola

El primero de enero de 1992 fue descubierto por casualidad en una cueva prehistórica del Levante español, el primer jeroglífico castellano, tallado directamente en la roca. El extraordinario hallazgo abre innumerables incógnitas.

Ésta es la apariencia exacta del jeroglífico, tal como fue encontrado por los arqueólogos cuando penetraron en la cueva, ocultándose del guía que los buscaba afanosamente, pues el grupo entero jugaba a las escondidillas. (Las tendencias opositoras aseguran que los arqueólogos se metían a la cueva a fumar mariguana.)



Con una dimensión de sólo 7.8 x 4.6 mts. en escala 1:25 o sea 5 x 4 cms, aproximadamente, el petroglifo se encontró intacto. El informe especializado es el siguiente:

“El techo de la cueva se ondula en ciertos puntos y se hincha en otros con verrugas naturales que ofrecen un volumen apto a todas las imaginaciones...” (En esta descripción se apoya la corriente opositora para acusar de mariguanos a los descubridores). “El artista que habitó estas tierras cantábricas, se encerró en la sombría sala de la cueva para crear el enigma (que aún hoy en día desconcierta a neófitos e ilustrados) y logró plasmarlo donde toda la negrura de la noche y la inmortalidad del tiempo tienen su cobijo...”¹

El extraño jeroglífico fue descubierto en la parte posterior de la gruta, donde la roca da un giro caprichoso, lo cual se explica observando cuan a menudo les ocurre esto a las rocas. Aproximémonos ahora a la interpretación más aceptada hasta el momento, del significado de este jeroglífico. Su desciframiento es genial. Es una de las obras maestras del cerebro humano y debe parangonarse con las mayores realizaciones científicas, técnicas y del espíritu.

El nueve de junio de 1775 nació en Müden (Alemania) Georg Friedrich Grotefend. Primero en su pueblo natal y luego en Ilfeld, se preparó para la enseñanza y luego estudió filología en Gotinga. (Nunca se llegó a saber por qué empezó sus estudios en su pueblo natal, aunque se aducen razones familiares. Tampoco se ha llegado a entender por qué el joven humanista aparece en el presente artículo pues él ni siquiera llegó a enterarse del hallazgo del jeroglífico en cuestión).

A estas alturas se comprenderán los enormes obstáculos que han debido sortearse para desentrañar el significado de este inquietante petroglifo. Las generosas aportaciones de las numerosas instituciones interesadas en saber —de una vez por todas—, la solución al enigma han contribuido en gran medida a confundir más a los arqueólogos, a quienes les resulta inmoral gastar tanto dinero en descifrar un jeroglífico tan pequeño. Sin embargo, como siempre ocurre en los momentos de desesperación, surge en el horizonte la figura de un hombre de apariencia francamente insulsa, que habría de proporcionar al mundo la clave definitiva en el desciframiento: Alfonso Morales, un museógrafo amateur, muy dado a la vida licenciosa y hasta cierto punto bastante llevado, pero apasionado lector de comics y obsesivo consumidor de revistas de crucigramas.

¹ Los simpatizantes del descubrimiento aducen que ningún mariguano podría acuñar esta frase.

Cuenta el propio Morales que en algún momento aplicó para la beca Conaculta con un proyecto titulado "Encuentre las siete diferencias", que consistía en comparar el concepto de "nuevo reaccionario" con el de "reaccionario de toda la vida". Desgraciadamente la beca le fue negada y la solución se discute aún hoy en las altas esferas.

Posteriormente el inquieto cerebro de Morales le llevó a concebir la descabellada idea de ubicar una gigantesca muñeca semidesnuda en el foyer del palacio de Bellas Artes, a la entrada de una magna exposición. Afortunadamente las autoridades del recinto, conscientes de lo difícil que es mantener incólume la dignidad de un foyer, especialmente hoy en día que se confunde con foyer, y se ha llegado al extremo de llamarlo lobby, tuvieron el acierto de impedir ese desacato, aunque con ello se perdiera para siempre la valiosa colaboración a la museografía oficial de un hombre de la talla de Alfonso Morales y de una muñeca de no menor magnitud. Así transcurre la irrelevante existencia de este joven mediocre, vagando por loncherías y cabaretes de segunda, hasta el día en que llega a sus manos el número 28 de la revista *Pasatiempo*, que en colaboración con la revista *Duda*, publicaba en la página 19 un artículo sobre el extraño enigma del jeroglífico castellano. En el mismo instante en el que sus ojos enfrentaron aquella imagen, el muchacho supo que tenía ante sí algo incomprendible. Acostumbrado a escudriñar las imágenes hasta obtener de ellas una palabra, como sólo un genio del pasarrato podría hacerlo, recortó el artículo y se entregó de lleno al estudio minucioso de las partes.

Ante todo, pensó, el relieve debió ser hecho por alguien; la posibilidad de que se tratara de un capricho de la naturaleza era poco menos que imposible, pues hasta ahora la naturaleza no había dejado impresas letras castellanas o numeración decimal alguna. En seguida percibió que la figura estaba compuesta por dos elementos de lo más disímolos, uno pequeño como cultura autóctona y otro grande y brillante como acervo europeo, pero ambos de forma redonda con lo que se anulaba la posibilidad de emparentarlo con la escritura cuneiforme que de cualquier forma era algo que nunca había entendido. Algo le incitaba a pensar que aquellas figuras inscritas en la piedra no eran sólo un adorno o el garabato nervioso de quien sostiene una conversación compleja y deja correr el cincel y el martillo sin ton ni son, ¡no! aquellas inscripciones debían significar algo; aproximándose un poco más al recorte, descubrió que en el elemento pequeño aparecía con toda claridad la leyenda "cinco

centavos Mo." y en seguida cuatro numerales "1953" que podrían referirse a algún año en particular y destacándose al centro gobernando las dos terceras partes de la circunferencia, el perfil inconfundible de un rostro humano muy semejante a un guajolote común. Como contraste, en el otro círculo aparecía en primer plano una figura frontal de cuerpo entero con alas y chichis visiblemente sobresalientes, colgada de una especie de argolla y rodeada de diversas leyendas a saber: "50 Pesos", "37 Gr. oro puro" "1821" "1947" enmarcada al fondo por un esbozo de montañas similares a los volcanes del valle de México o a los Apeninos, pues resultaban apenas reconocibles.

La primer conjetura se apoyaba en la posibilidad de que ambas figuras fueran del sexo femenino, pues la presencia de un arete y una peineta en la más pequeña esclarecían del todo el sexo de la figura que a primera vista podría parecer viriloide. En la segunda, la contundencia de los turgentes pechos en esta especie de ave falconiforme de la familia de los accipítridos, la destacaban como hembra. Si se trataba de dos mujeres, el jeroglífico podría estarse refiriendo a la existencia prehistórica de relaciones lésbicas entre personas de distintas especies, afirmación que podría causar gran inquietud entre el electorado episcopal y más valía dejarla de lado. Otra posibilidad es que fuese una representación primitiva del momento en que el ángel anuncia a María el advenimiento del verbo encarnado, pero en ese caso, ¿por qué sustituir a María por Doña Josefa Ortiz de Domínguez? ¿Por qué mostrar al cura Hidalgo con las chichis de fuera y sin su estandarte guadalupano?

Si se miraba con detenimiento se notaba que ambas figuras permanecían quietas; esta observación llevó al investigador a acudir a la numismática, pues a todas luces aquellos signos parecían monedas, aun cuando resultara difícil canjearlas por artículos útiles.

Es del conocimiento universal que la palabra moneda deriva de la raíz latina "monere" sobrenombre de la diosa Juno, y dado posteriormente a las monedas porque había una fábrica de ellas al lado del templo de esta diosa. No cabía ninguna duda, la solución se encontraba en alguno de los apodos atribuidos a las monedas de cinco centavos, sólo era cuestión de revisar la variedad de los existentes y seleccionar el adecuado:

- 1) Josefita
- 2) Cinco
- 3) Clavo
- 4) Quinto

A su vez no había que perder de vista la otra moneda, especialmente tratándose de una moneda de oro puro, más conocida por los elegidos que alguna vez la han visto, como Centenario. Entonces milagrosamente, como sólo aparecen las cabezas de peyote en la cacería, surgió en su mente la solución:

Quinto Centenario

¡Claro! ahora todas las piezas embonaban, las referencias a distintos años, 1953, 1821, 1947, demostraban que las fechas guardan en el fondo una extraña relación con los aniversarios. Resultaba evidente que el artista magdaleniense supo adivinar que siglos después aquella unión de contrarios provocaría infinitas discusiones. Por su lado el “quinto” tiene, como se sabe, distintos significados, pero no se detuvo en el que el albur le asigna, sino en el que le atribuye la real academia:

“Quinto: Nombre dado a los distintos tributos, consistente en la quinta parte que se pagaba al rey, de las presas, descubrimientos o tesoros hallados.”

Habiendo llegado a este punto, no podía dudarse que aquel extraño signo no era otra cosa que la metáfora petroglífica de una conmemoración, que sólo un salvaje, sólo un analfabeta o un infame podía concebir. Los glifos revelaban ahora todo el sarcasmo y la ironía de su significado: El tributo de oro, el “levante español”, ¿Cuauhtémoc era quinto?, ¿qué se hizo con todo el oro robado? ¿qué tiene que ver un descubrimiento con un genocidio?

Éstas y otras incógnitas se agolpaban en la perturbada mente del inquieto traductor. Había logrado descifrar al fin el enigmático acertijo: Quinto Centenario, no podía estar equivocado, ahí se leía claramente Quinto Centenario. ¿Pero qué significaba aquella unión de signos contrarios? ¿Una devaluación inminente de la moneda? ¿Una demostración más de que el dinero sólo compra lo barato?

¿Una bofetada en la mejilla indígena y un caramelo en la boca amarga de la monarquía española?

Siendo, por su apariencia de origen autóctono, nuestro humilde investigador decidió no dar a la luz pública el resultado de su investigación, y es por eso que el conocimiento actual se limita a reconocer el enunciado:

Quinto Centenario

Pero tal vez nunca se llegue a desentrañar qué significa.

Nota: Agradecemos la colaboración involuntaria de Alfonso Morales que generosamente prodiga su inconmensurable humanidad en beneficio de las causas inútiles.

Bibliografía selecta:

Revista Pasatiempo, número 28. Editorial "Apócope de la risa".

Revista Duda, Editorial "Ja".

Diccionario enciclopédico de María Moliner.

Miguel Angel García Guinea, *Altamira y otras cuevas de Cantabria*, Ed. Sílex, Barcelona.

C. W Ceram, *Götter, gräber und gelehrte, Roman der Archaologie* (hay trad. al español: *Dioses, tumbas y sabios*).

Un hombre pícaro y dicharachero, Biografía inédita de Alfonso Morales, Editorial El Suchi.